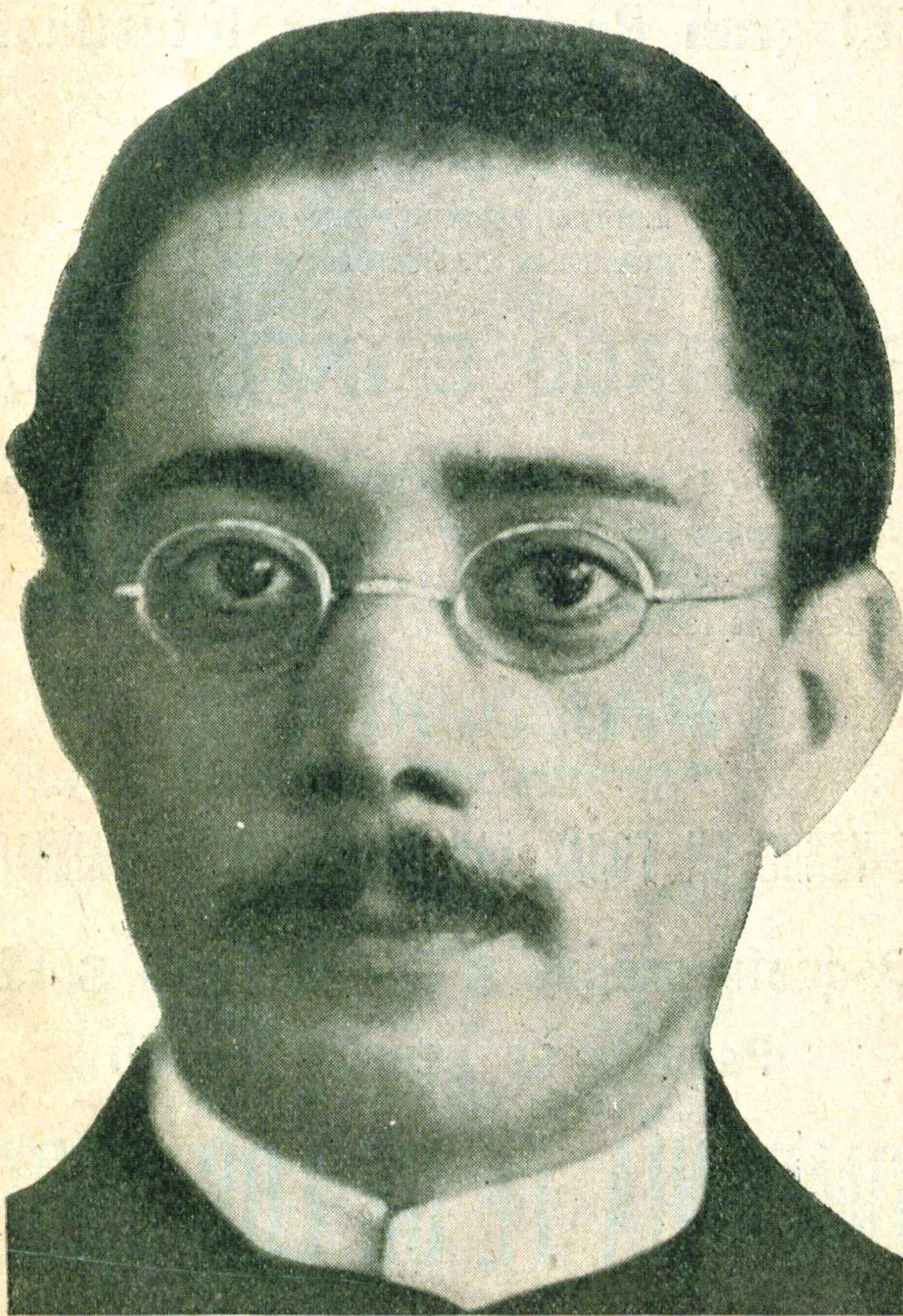


LA NOVELA SEMANAL



La Voluptuosidad del poder
Por Pedro Sonderegger

PRECIO: 10 Centavos

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

3.^a Parte

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ**“El Tul Violeta”** de la Señora del R. de Orlandiz
(OLGA WIRTZ)

Conocida periodista en la República O. del Uruguay y autora de la novela “MI HERMANO JORGE” esta distinguida escritora ha preparado un trabajo especialmente para nuestra publicación, el cual por su amabilidad y belleza ha de complacer a nuestros numerosos lectores.

SUCESIVAMENTE

22. La Degollación de los Inocentes.**de Atilio Chiappori**

Autor de “BORDERLAND” y otras obras, justamente elogiadas por la crítica.

23. El Apostol del Ayú**del afamado literato JUAN JOSÉ DE SOIZA RELLY**

La Voluptuosidad del poder

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

PEDRO SONDEREGUER

PARTE TERCERA

Habeant Quod Desiderant

VIII

— Ven.

— Tengo miedo.

— Cobarde, ven.

— Aquí no.

— No me martirices, privándome de un placer que está tan cerca.

— Puede venir alguien.

— Estoy tan ansioso de besarte que se diría que no te he besado nunca. Ven, por favor.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

**PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENDEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES**

Al pronunciar esta frase, la voz de Hugo Silverfield adquirió tan delicados matices de ternura que para una enamorada tenía que resultar irresistible. Diana de Luis se levantó, pálida y medrosa, y, acercándose al joven, se sentó a su lado. Su boca extraordinaria estaba aún más bella, adornada por el primor de una sonrisa. Rodeó con uno de sus brazos el cuello de Hugo Silverfield y atrajo la juvenil cabeza hasta su pecho. Después, nerviosa, con un ligero temblor, emocionada, volvió hacia arriba el rostro del amado e inclinándose, puso sobre sus labios un beso silencioso, prolongado y enervante. La humedad de la boca rosa produjo en el hombre una sensación intensa y honda, tanto que casi fué penosa. Aquel beso dulcísimo fué para él como chorro de agua en labios de sediento, como aceite perfumado en piel tostada, como tabla de salvación a exhausto naufrago. Ella, en aquel glorioso contacto, supo transformar en emoción de amor toda la ansiedad y todo el temor que la contenían momentos antes.

Oyóse un ruido en la puerta y Hugo Silverfield se acomodó rápidamente en su silla, adoptando la actitud correcta de un visitante indiferente. Ella se puso de pie y, aunque lívida y temblorosa, dijo con voz segura, tendiendo la mano hacia él:

—Es una hermosa sortija, como usted ve. Me la regaló mi marido con motivo de mi último cumpleaños.

Sancho de Luis entró, saludó con frialdad al joven y, sin mirar siquiera a su mujer, volvió a salir, dirigiéndose a su escritorio. Allí se encerró, después de decir a un criado, a quien llamara, que no estaba para nadie. Venía del palacio del congreso. La cámara de diputados no había podido sesionar por falta de quorum. Esto venía sucediendo desde hacía dos semanas, gracias a la maniobras de Juvenal Reyser, que había ordenado a sus amigos no concurrir al recinto parlamentario hasta que a él le pareciera conveniente. La concesión a Anthony Silverfield, que era un asunto enteramente de carácter económico, había sido convertida por las malas artes de Juvenal Reyser en una cuestión de trascendencia política. Desde varios meses atrás, el genial intrigante se había declarado abiertamen-

te enemigo de la comentadísima concesión, y, considerando que ésta era un buen pretexto para una batalla decisiva contra su fuerte adversario, preparábase a librarla. Al mismo tiempo minaba el ánimo de los partidarios vacilantes del jefe reformista, pactaba con algunos diputados independientes, a los que quería afiliar a su causa, y buscaba un acercamiento con el presidente de la república. Esta conquista lenta de las almas y aquel manejar a los hombres — en los que no ahorra ni esfuerzos ni medios — ocasionábanle un placer igual al de un poeta que halla un adjetivo o un jugador que acierta un *pleno* en la ruleta.

Sancho de Luis sabía de estas maniobras y empleaba toda su influencia y habilidad para contrarrestarlas. El también era hombre de lucha y estaba acostumbrado a la victoria. Cuando llegó a su casa, adonde le condujera el deseo de tomar el te en compañía de su esposa y de sus hijos, su mente iba llena de proyectos. Iba meditando sobre las cosas que llevaría a cabo y sobre las ideas que expondría en el curso de la sesión que presentía ruidosa. Después de ciertas vacilaciones, él se había decidido a defender los propósitos de Anthony Silverfield, debiéndose esto principalmente a las inteligentes insinuaciones de su mujer y a la resuelta actitud contraria al plan asumida por Juvenal Reyser. Dos o tres artículos, de la pluma de Ernesto Marbi, aparecidos en *La Noticia*, no le arredraban, a pesar de lo mucho que ese órgano periodístico pesaba en la opinión. Confiaba en el poder de su palabra, en su fama de austero y en la lealtad de sus amigos.

Al llegar a su domicilio, díjole el portero que los niños habían ido con la institutriz a Palermo y que la señora se encontraba en la sala con una visita. Fué a la pieza indicada y, al entrar, sorprendió cambios de posición bastante sospechosos. En realidad, no había visto nada que permitiera una afirmación concreta. Quizás aquellos cambios no eran más que correctos movimientos sin importancia a que su imaginación atribuía apariencias culpables. Sin embargo.....

Encerrado en su escritorio, quiso refrescar algunos conoci-

mientos que tal vez le fueran necesarios en el próximo debate. Abrió un libro y trató de leer. En vano. Lo que acababa de ver, lo que creía que acababa de ver, no dejaba tranquilidad a su espíritu y le quemaba el cerebro, como una ascua. Apartó el libro, alzóse y empezó a pasearse lentamente. Cuando se camina, parece que el alma descansara. Recordó entonces todos esos hechos insignificantes, sin interés alguno, que tan amargas torturas suelen causar a los celosos. Una mirada, un gesto, una frase adquieren de repente valor de documentos. Con precisión fotográfica, volvían a su memoria aquellos pequeños sucesos, magnificados por su súbita sospecha. Entre todos sus recuerdos, destacábase uno que tenía sin duda una significación extraordinaria: el de las insinuaciones de ella en favor de la concesión solicitada por Anthony Silverfield. "Comprendo — pensaba — se trataba de servir a su" Completar la frase le resultó sumamente doloroso. La palabra *amante* le produjo el efecto de una desgarradura. Una desgarradura en pleno corazón. Las expresiones más duramente insultantes, las diatribas más soeces que se pueden aplicar a una mujer se agolparon a su mente en nutrido tropel. Y las dijo sin pronunciarlas, sin mover los labios y mientras se paseaba con lentitud, los brazos a la espalda.

¿Cómo iba, con aquella sospecha, como un clavo al rojo blanco, en el cerebro, a defender con calor los planes del banquero? Era, no obstante, indispensable. En una entrevista reciente con Anthony Silverfield, habíase comprometido firmemente. Ante sus amigos, con cuyo apoyo contaba, en reportajes, en conferencias con el ministro de obras públicas, había manifestado sin restricciones su opinión favorable a aquellos planes. El miembro informante de la correspondiente comisión de la cámara, que era su copartidario, estaba de acuerdo con él para sostener al banquero. No podía, pues, decorosamente, modificar su actitud. Ello implicaría, por otra parte, dar sin combatir la victoria a su adversario y sacrificar quizás su porvenir político. ¿Expondría el éxito de sus ambiciones por una mera sospecha? No cometería torpeza semejante.

Volvió a sentarse y con un esfuerzo supremo logró absorberse

en las páginas del libro. De cuando en cuando levantaba la cabeza, fijaba la mirada en un punto cualquiera y se quedaba pensativo. Después respiraba con fuerza y profundamente, y se entregaba de nuevo a la lectura. Así permaneció cerca de tres horas. Cuando se le anunció que la comida estaba servida, había leído algo más de dos páginas. Al recibir dicho anuncio se sintió inclinado a responder que no iría a la mesa, pretextando para ello una ocupación urgente: pero no dijo nada. Apesar de que no deseaba ver a su esposa en aquel instante, se dirigió al comedor. Ella estaba ya allí, esperándole. Ocupó él su silla, serio, frío, impasible. Miró una sola vez a la divina mujer (y esta vez, teniendo ella la cabeza inclinada) y al verla serena, aunque un tanto pálida, se tranquilizó un poco. No era aquel, a su juicio, el rostro de una esposa culpable. Y no se le ocurrió al grande hombre pensar que los besos no dejan huellas.

Los cónyuges comieron en silencio. El no habló, temiendo no poder contenerse e impulsado por los celos, hacer acusaciones injustas que destruirían para siempre su felicidad, si es que ésta aún era posible. Cuando obtuviera pruebas concluyentes, adoptaría una resolución. Entre tanto, callaría. Antes de llegar a los postres, abandonó el comedor y ordenó al criado que le llevara el café al escritorio. Diana de Luis, no obstante su inquietud, no quiso atribuir gran significación al mutismo de su esposo. ¿A qué preocuparse demasiado? Probablemente algún grave asunto político o comercial era el objeto de sus cavilaciones. Contribuía a dar mayor vigor a esta creencia, la última frase pronunciada con convicción por Hugo Silverfield al despedirse:

— No tengas miedo, que el tonto no ha visto nada.

IX

Era tarde de grande expectativa. Los diarios habían anunciado que con motivo de la concesión solicitada por Anthony Silverfield

medirían sus fuerzas los dos más brillantes oradores de la cámara. La barra estaba repleta. Aquí y allá veíanse algunas señoras. El asunto apasionaba. Los órganos periodísticos publicaron extensos editoriales, con la proverbial pobreza de ideas y la reconocida mediocridad de forma de los artículos de ese género, tratando de demostrar los inconvenientes o los beneficios del atrevido proyecto. El mundo de las finanzas se agitó. Varios ex ministros, en quienes debía suponerse inteligencia e ilustración, dieron lamentables conferencias en complacientes centros culturales. Dos o tres financistas del interior de la república, llegados a Buenos Aires por caprichos de la política, leyeron trabajos disparatados, de sintaxis increíble, en el seno de asociaciones con nombres extravagantes. Gentes peritas en pavimentación, caballeros sapientísimos en ganadería, críticos magistrales de box o de football, modestos empleados municipales, inteligentes gastrónomos, farmacéuticos excelentes, corredores de comercio, vendedores ambulantes, cargadores del puerto, actores, cocheros, mujeres, en una palabra, los menos autorizados fueron los que más apasionadamente comentaron la empresa del banquero. Esto no es de asombrar, porque sucede siempre.

En antesalas, los diputados, divididos en grupos, conversaban en voz baja. En un rincón un legislador catamarqueño, sentado con los riñones en un cómodo sillón, dormía plácidamente. El buen hombre, a quien los intereses del país no le quitaban el sueño, hacía la digestión.

Juvenal Reyser, rodeado de diez o doce diputados, hablaba de cosas indiferentes. Estaba sereno y grave. En su rostro no se advertía la menor traza de inquietud. Para un observador vulgar, aquel político debía carecer de sistema nervioso. La frialdad, una de sus características notables, era la cualidad que más admiraban en él sus más inmediatos partidarios. Realmente, aquella frialdad no era más que una máscara, que servía para ocultar la tremenda vehemencia de su temperamento. Como acontece con frecuencia, esa manera de ser, producto en un principio de un perfecto dominio de sí mismo, había concluido por convertirse en una con-

dición natural. Juvenal Reyser desde muy joven se había fijado un ideal de humanidad — lógicamente, uno que concordaba a maravilla con sus ambiciones — y con pasión y tenacidad de artista, había tratado de realizar en sí mismo aquel ideal. Como un escultor que cincela una estatua, trabajó con ahinco y amor en ese fin, y experimentaba una satisfacción profunda cuando había logrado imprimir el rasgo anhelado a su personalidad. Así fué desprendiéndose de lo que él llamaba debilidades y que los demás llamamos escrúpulos y virtudes. Siéndole imposible modificar su naturaleza intrínseca, había adquirido las apariencias de lo que quería. El hombre, vulgar llega a ser lo que a aquellos con quienes vive les parece; es así plasmado por los que le rodean. Los hombres excepcionales, por el contrario, consiguen, gracias a los esfuerzos de su voluntad heroica, grabar en las mentes circundantes la imagen que ellos han forjado de sí mismos. Esto suele marcar el comienzo de su grandeza.

La campana del recinto llamó a los diputados: La función iba a empezar. En tropel un poco rebañego entraron los representantes del pueblo a la inmensa y solemne sala de sesiones. El presidente, un político del interior de quien se contaban historias espeluznantes, declaró abierto el acto. Después de leída la orden del día, el miembro informante de la comisión de obras públicas "pidió la palabra" (inadecuada fórmula parlamentaria que está reclamando a gritos una enmienda), y luego que le fué concedida, leyó un largo documento que nadie escuchó con la atención requerida y que era, en suma, un alegato en favor de la concesión solicitada por Anthony Silverfield.

Un diputado reformista, obedeciendo a una señal de Sancho de Luis, hizo moción porque, en vista de la brillante exposición del miembro informante ya citado, la concesión fuera aprobada. Entonces Juvenal Reyser, levantando el brazo, dijo:

— Un momento. Pido la palabra.

— Tiene la palabra el señor diputado por Entre Ríos — murmuró el presidente.

Una especie de movimiento nervioso se advirtió en todos los legisladores. De la barra salieron algunos aplausos.

—Sería una vergüenza — comenzó diciendo el jefe del partido popular — que una asamblea de hombres inteligentes, como esta, prestara su sanción, sin discutirla, a una concesión que envuelve tantos y tan graves problemas y que afecta intereses de innegable importancia para el porvenir de la república. Sé que los señores diputados están convencidos de que su misión aquí es, no sólo trabajar por el bienestar presente, sino también por el bienestar futuro de la patria. Legislar es crear. Procuremos crear en tal forma que las generaciones venideras no tengan que maldecir nuestra memoria. Legislar es una manera despótica de gobernar, porque la ley, mientras rige, no tiene apelación. Legislemos de modo que no se nos aplique, además de ese calificativo de tiranos, algún adjetivo que implique una duda o una negación de nuestra inteligencia.

Se escucharon algunos rumores.

— Por mi parte, — añadió el orador en una sonrisa — afirmaré que haré todo lo que esté en mi mano por no merecer un adjetivo semejante.

Muchos diputados rieron.

— Y si alguna vez tuviera la desgracia de encontrarme en oposición con mis correligionarios en un asunto de interés nacional, puedo asegurar, ya que no hay nadie que esté en situación de contradecirme sin apelar a la calumnia, que me expondré a ser reprobado por mi partido y hasta expulsado de él, antes que prestar mi apoyo a nada contrario al desarrollo sólido del país.

Los legisladores populares y la barra aplaudieron con entusiasmo.

— Deseo ofrecer a la consideración de los señores diputados algunas objeciones sobre la concesión que está en debate. Antes de entrar en materia permitáseme aludir a ciertas versiones publicadas ayer por un órgano de la prensa.

Al decir esto Juvenal Reyser sacó del bolsillo un ejemplar de *La Bagatela*, diario de la tarde, mordaz y ameno. De un extremo

del salón, ocupado por un grupo de diputados que jamás hablaban, salió una voz:

— Eso es un pasquín. La cámara no debe tolerar su lectura.

— Estoy sorprendido en presencia del milagro — replicó Juvenal Reyser: — Al fin se ha roto el profundo silencio de ese bosque de pensamientos dormidos. Lástima que el milagro ha sido estéril, porque a juzgar por lo que he oído, los pensamientos siguen durmiendo.

Hubo un estallido de hilaridad general.

— Para tranquilidad del señor diputado que, por darse el placer de interrumpirme, ha hablado por primera vez (quiera Dios que no sea la última), añadiré que no voy a leer el pasquín que tanto ofende sus pudores. Haré presente sólo que en él se dice que ciertas conciencias se han dejado impresionar por el clásico becerro y que en la cuestión de que tratamos se han puesto en actividad hasta influencias sentimentales.

Sancho de Luis, con la frente hendida por una honda arruga que parecía un hachazo, con las mandíbulas temblorosas y el corazón oprimido, rugió desde su asiento:

— Eso es una infamia.

— Soy de su misma opinión — contestó Juvenal Reyser.

— Los diálogos están prohibidos por el reglamento — exclamó, solemne, el presidente. — Ruego al señor diputado por Tucumán que no interrumpa.

— Soy de la misma opinión que el representante tucumano — continuó el jefe popular. — Yo, como miembro de la cámara, creo firmemente que en su seno no hay nadie que someta su conducta a influjos tan poco honorables. No existe en mi ánimo el deseo de inferir un agravio a mis colegas. Si he aludido al deplorable rumor de que se hace eco este diario, es para demostrar que el pueblo considera tan perjudicial para la patria la concesión solicitada por el banquero Anthony Silverfield, cuya audacia y cuyos antecedentes todos conocemos, que no concibe que haya un sólo hombre que pueda, honrada y espontáneamente, sancionarla con su voto.

Corrió un rumor por las bancas y la barra, dividida, aplaudió y silbó ruidosamente.

—Advierto a la barra, — gritó el espeluznante político que creía dirigir los debates — que si no guarda compostura me veré obligado a desalojarla.

—El pueblo no se engaña — prosiguió el orador. — Sabe que el ferrocarril que se proyecta constituirá un gravísimo obstáculo para nuestra prosperidad en el futuro. El espíritu moderno tiende a poner en manos del estado todos los servicios públicos. La propiedad por el estado es una garantía de que tales servicios no pasarán jamás a manos inescrupulosas, empeñadas en explotar en su exclusivo beneficio a las masas y al país. Esa garantía debe ser siempre mantenida, ya que ella implica la consecución primero y la conservación después de nuestra independencia económica. Si deseamos avanzar en la medida que nuestros recursos permiten suponer, hemos de ponernos al unísono con las tendencias que predominan en los actuales tiempos. El agua que se estanca se corrompe y la nación que se detiene, retrograda. Por otra parte, si ese ferrocarril es necesario, ha de dar dinero. ¿Por qué entonces entragar una fuente tan grande de ganancias a un grupo de individuos que no han de pensar más que en el provecho propio? ¿Por qué privar al estado de tan ingentes entradas? Meditemos en el porvenir y propongámonos completar el cuadro de nuestra grandeza, creando un gobierno rico en nación rica. Ya que tenemos, porque es sabio y es humano, que reducir los impuestos e intentar abaratar la vida, aumentemos las industrias del estado que así acrecentaremos sus recursos. Si en el país hay capitales dispuestos a sostener una empresa de esa magnitud, aprovechémoslos en bien del estado, vale decir, de todo el pueblo. El pueblo lo agradecerá a sus representantes.

La barra aplaudió, frenéticamente. La cámara estaba definitivamente dominada. A ello contribuyó, aparte de la sensatez de las ideas de Juvenal Reyser, el tono, el ademán y la cálida emoción que ponía al emitir su pensamiento.

—Por otra parte — siguió diciendo, — la construcción de ese fe-

ferrocarril importa poner en inmenso peligro un capital considerable. Nuestro deber es velar por la seguridad de las capitales nacionales, que tan útiles pueden ser en tantas ramas de la actividad humana. En las secciones norte y central, el ferrocarril que se proyecta es innecesario y en la sección sur resultaría sencillamente un lujo. Construir un camino de hierro a lo largo de la costa de una región de población escasísima cuyas necesidades son satisfechas con exceso por la vía marítima, es como pretender que marche con andadores un hombre sano de treinta años. ¿Es acaso para propender al desarrollo de aquellas distantes zonas que se quiere realizar esta obra? Solo un insensato creará semejante cosa. Los ferrocarriles de fomento son deseables y convenientes cuando hay población disponible a la cual encaminar hacia el territorio cruzado por esas vías. Si no se cuenta con un núcleo de posibles pobladores se comete el mismo error que aquel en que incurrió un sujeto que, encontrando a un tullido muriéndose de hambre en un desierto, le dió como limosna una libra esterlina. En la actualidad no contamos con el elemento humano suficiente para emprender una intensa tarea de colonización. Contar con la inmigración es dar pruebas de demasiado optimismo. Por lo demás, es prudente pensar que existen regiones que no deben ser pobladas con extranjeros. Es tiempo ya de que nos preocupemos de este aspecto de la colonización, que es uno de los problemas que hemos de intentar resolver en un porvenir inmediato. Estamos haciendo patria y debemos procurar crear una patria homogénea, pues la homogeneidad es condición esencial para la fuerza de los pueblos. Colonizar con extranjeros sin preocuparse de distribuirlos en forma tal que sean absorbidos mediante una rápida asimilación, no es hacer patria, sino constituir un conglomerado. El proyectado ferrocarril obligaría a sus empresarios a fundar colonias trayendo familias (si es que ello es posible ahora, que yo no lo creo) del viejo continente, las cuales, debido a su alejamiento de los grandes centros habitados eminentemente argentinos, formarían núcleos exóticos de difícil arraigo, con aspiraciones distintas a las nuestras, quizás contrarias a las nuestras. Esto no sería grato a los que deseamos hacer

de esta nación una nación fuerte, preparada para todas las emergencias,

Oyéronse murmullos de aprobación en diversos puntos de la cámara

—La Argentina es un país sin ideales. ¿Hay alguien capaz de concretarlos? Ha pasado ya la época en que juzgábamos nuestra grandeza por nuestras estadísticas. Todos tenemos conciencia de esto. Nuestra riqueza es una conquista permanente que sólo requiere ser defendida. Existen corrientes subterráneas, cuyos lejanos rumores ya escuchamos, que bregan por salir a la superficie y que tienden a concentrar en un ideal noble y altísimo las recónditas ambiciones de la raza, de esta raza nuestra que no es latina, a pesar del idioma, ni sajona, apesar de ciertas modalidades de su espíritu. Es simplemente (digámoslo sin vanidad, pero con satisfacción) raza argentina. Cuéntase que Benvenuto Cellini, cuando fundía su célebre Perseo, advirtió que el metal no alcanzaba para llenar los moldes que había hecho. Entonces, nervioso, inquieto, presa de comprensible angustia, arrojó en el crisol enorme todo lo que tuvo a mano. Platos de plata, aros de oro, cuchillos, tenedores, fuentes, cucharas, llaves, fueron a aumentar la ingente masa roja y humeante del líquido precioso. El destino, que es un divino artífice, ha arrojado también en nuestras playas hombres de todas las clases y capacidades, cobre, hierro, plomo y oro, todo de una vez, y de esa fusión extraordinaria está saliendo el soberbio metal, sonoro y vigoroso, con que construir la estatua magnífica de nuestra nacionalidad.

Ese simil, no muy original, pero de mucho efecto — causa por la cual lo empleó Juvenal Reyser — fué recibido con una estruendosa ovación.

—Si sentimos el bullir de ese ideal escondido, ¿por qué hemos de perturbar su formación y desenvolvimiento? No debemos permitir que se establezca nada que ahora o en el futuro pueda constituir una rémora para nuestro progreso. Por algo se ha repetido hasta el cansancio que gobernar es prever. Debemos tratar de obtener a toda costa nuestra independencia económica. Es nuestra segunda guerra

de emancipación. Para ello hay que aprovechar las inmensas energías del país y trazarse una plan que implique una sabia norma de conducta. Para conseguir ese objeto lo primero que habrá que hacer es luchar porque los servicios públicos pasen a manos del estado. Una nación con ese problema por delante y con obra tan grande que llevar a cabo, ¿va a entregar un ferrocarril tan importante como el que se proyecta a un grupo de capitalistas? Y no se hable del patriotismo de ese grupo, porque nos veremos obligados a reirnos de la ingenuidad de aquel que en ese patriotismo crea. El capital no tiene entrañas ni ama nada más que a si mismo. Duro como el metal que lo representa, no tiene más ley que la ganancia y en obediencia a sus dictados despóticos es capaz de sacrificar un país por un centavo. Ya que es esta la característica de nuestra época, pongámonos de acuerdo con ella, pues será ese el mejor medio de combatirla. Al capitalismo opongamos capitalismo, pero de un modo elevado que garantice el bienestar de la república. Esto no es posible realizarlo sino valiéndose del Estado, que tiene fuerza suficiente para esa lucha heroica y que, gracias a la fiscalización perenne del pueblo, no puede desviarse impunemente de la línea recta.

Habló luego Juvenal Reyser de la situación internacional de la Argentina, del concepto que actualmente merece de los demás países civilizados del planeta y de la posición a que tiene derecho a aspirar en el continente americano. Concluyó:

—Ahora se comprenderá por qué he recordado al comenzar la versión publicada por el modesto diario que uno de mis colegas ha llamado pasquin. Ante tan serios problemas como el proyecto suscita, y ante los graves riesgos que su aprobación comporta, nadie concibe que la cámara le preste su sanción sin estar influida por motivos ajenos al bien público y contrarios al deber que le impone su carácter de cuerpo representativo.

Esta alusión a la sospecha que torturaba su espíritu, fué para Sancho de Luis un golpe de gracia. Después de unos segundos de vacilación, gritó:

—Pido la palabra.

—Tiene la palabra el señor diputado por Tucumán — repuso el presidente, que estaba indignado porque durante la parte principal del discurso de Juvenal Reyser no había hallado ocasión de mostrar su autoridad.

—Hoy, al entrar a este recinto, — dijo el jefe reformista — venía resuelto a apoyar la concesión pedida por Anthony Silverfield; pero las poderosas razones expuestas por el ilustre representante entrerriano me han convencido de que perseverar en esa actitud habría sido una equivocación. Procedo así, porque me lo ordena mi conciencia de hombre honrado. No quiero que jamás se afirme que en mi vida política me he dejado guiar por otros intereses que los de la patria, que estimo sacrosantos. Hago moción porque la solicitud sea rechazada.

No pudo decir más. Quedó extenuado como un atleta que hubiera arrojado de sus hombros todo un universo.

Realizada la votación, la concesión celebrísima fué negada por una aplastadora mayoría. Así terminó un propósito de incalculables alcances y que habría sin duda contribuido enormemente al desarrollo material argentino.

Al salir de la sala de sesiones, después de recibir las mentidas felicitaciones de sus colegas, Juvenal Reyser tropezó con su amigo Anthony Silverfield, que estaba agitado como un loco.

—Me ha arruinado usted — le dijo éste.

—No es mía la culpa, sino de ese imbécil que no ha sabido defenderlo. Soy el primer sorprendido de mi éxito. Piense usted otra cosa, que yo la apoyaré.

Estrechando efusivamente la mano del banquero, el jefe del partido popular se dirigió a al calle y luego a su casa. La noticia de su victoria se esparció rápidamente por toda la ciudad. Numerosas personas fueron a visitarlo y a rendirle sus interesado homenaje. A eso de las diez de la noche recibió una esquela que despedía un perfume suave, comunicado no intencionalmente, sin duda, sino por el mero contacto de la mano que la había escrito. En ella se le fe-

licitaba en delicados y amorosos términos por su brillante triunfo de la tarde. Era de Marta Rigau.

—Esto marcha — murmuró el famoso político.

Y su rostro de león se dulcificó con una sonrisa.

X

Sancho de Luis, abatido y nervioso, llegó a su domicilio minutos después de terminada la sesión. La idea de que su nombre andaba en todos los labios, mancillado por una infame sospecha, le tenía desesperado. Su abatimiento era producido por el peso de aquella desesperación. Derrotado y quizás deshonrado. Era demasiado para su alma. El destino, cruel como un hombre, se había complacido en elevarlo para estrellarlo en el preciso instante en que había alcanzado la mayor altura. Aquello era más de lo que puede aguantar un sér humano. Entró a su casa y fué directamente a la *nursery* donde su esposa pasaba por lo general las tardes, cuando no salía.

Desde hacía cuarenta y ocho horas Diana de Luis sufría espantosamente. En un principio, cuando fué sorprendida en compañía de Hugo Silverfield, creyó, por la actitud de su marido, que éste no había visto nada. Su silencio de aquella noche lo atribuyó a graves preocupaciones políticas o comerciales. Pero aquel silencio se había prolongado, llegando a ser absolutamente insoportable. ¿Había visto o no había visto? Esta duda, más dolorosa que la certidumbre, la martirizaba horriblemente, como un cauterio en las entrañas. No dormía y vagaba, igual que una sonámbula, por los amplios corredores de las lujosas piezas de la casa, que le parecían extraños. Como Sancho de Luis no la hablaba, no la miraba siquiera, hacíase

la ilusión de que no había alcanzado a verla en brazos del arrogante joven que la subyugaba, porque, ¿cómo iba a callar ante tamaña afrenta? Esta dulce ilusión era como un bálsamo sedante sobre la herida abierta de su duda. Mas pronto reaccionaba: ¿a qué atribuir entonces su mutismo? Para huir de si misma, para escapar a la visión desoladora de su dicha muerta, buscaba a sus hijos, anhelando ansiosamente hallar en sus inocentes corazones un refugio para su propio corazón. Los abrazaba con fuerza, con tanta que el menor de ellos protestaba, y los besaba una y cien veces, ocultando en sus rubias cabelleras la mueca desagradable que contraía, desfigurándola, su boca encantadora. El leve rosa de su cutis había desaparecido y sus pupilas llameantes estaban constantemente humedecidas por ese llanto poco abundante que se seca sin esfuerzo con un ligero roce de la mano.

Cuando escuchó el ruido de la puerta de calle, sin haber oído antes la campanilla anunciadora de la presencia de un extraño, experimentó un estremecimiento y se puso intensamente pálida. En los últimos dos días, los pasos de su marido o su voz dando una orden a un sirviente, le producían un pequeño temblor y una ingente angustia. Oyó después el andar lento de Sancho de Luis, y siguió su dirección con tanta atención y tan penosa como si de aquello pendiera la cesación de su vida. El ruido de los pasos se acercaba y la pena de la mujer se fué haciendo honda, martirizadora y enervante. ¿Habría ahora? ¿Vendría a eso? Sería mejor que callara. Prefería su actual horrible incertidumbre que el suplicio espantoso de una acusación: cobardes contradicciones del corazón humano.

La puerta de la *nursery* se abrió y apareció la figura elegante y severa del jefe reformista. Diana de Luis hizo un movimiento, no pronunció una palabra, y fijó como una alucinada sus ojos radiosos en un rincón cualquiera de la pieza.

Sancho de Luis indicó con un gesto a la institutriz la conveniencia de salir y aquella joven, que era inteligente, salió llevándose a los niños. La dulce e inconsciente alegría infantil llenó los corredos-

res. El político avanzó hacia su mujer y, poniéndole suavemente una mano sobre un hombro, dijo:

—Por tu culpa acabo de sufrir en la cámara la más triste derrota de mi vida.

Al contacto de la mano de su esposo, la mujer fué sacudida como por una descarga eléctrica. Alzó la mirada en plétora de imploraciones y preguntó:

—¿Por mi culpa?

—Sí.

—Explicate.

—Inútil. Tu debes saber a lo que me refiero.

Diana de Luis había empezado a representar una insostenible comedia y su marido, exasperado, prorrumpió con furia como quien da un hachazo:

—Se dice que no eres una mujer honrada.

Callaron los dos, poseídos de la misma angustia. Al cabo, Diana de Luis, comprendiendo que su silencio la perdía, se atrevió a murmurar:

—¿Y tú lo crees?

—Yo no lo creo, pero...

Comenzó la acusación terrible:

—Mi alma se resiste a dar crédito a esa infamia; pero son muchas las circunstancias en tu contra. Nunca habías intervenido tú en mis asuntos políticos hasta que el maldito proyecto de Anthony Silverfeld te hizo cambiar de conducta. En muchas ocasiones en las últimas semanas (recuerdo esas ocasiones con claridad tremenda) me insinuaste, disimulada o abiertamente, la conveniencia de que ese proyecto se aprobara, pues, según la opinión general, era algo de necesidad urgente. Llegaste hasta razonar. Me dijiste que habías escuchado a Juvenal Reyser que calificaba de detestable el proyecto, añadiendo que me perjudicaría coincidir en mi juicio con ese hombre nefasto. Al mismo tiempo adquiriste una nueva amistad: la del hijo del banquero. Yo no dí importancia a este hecho, porque tenía en ti una fe ciega. Pero mis enemigos se encargaron de dársela. A pro-

pósito de la posibilidad de mi candidatura a la presidencia, mi nombre ha sido blanco de todas las diatribas. No faltó quien aludiera a tu intimidad con Hugo Silverfield. Mi confianza era ilimitada y no me conmoví. Pero una tarde reciente, que, de seguro, no has olvidado todavía, entré a la sala y...

—Y qué viste? — interrogó ella, con una voz dolorida que no parecía suya.

Meditó él. Su espíritu sufrió un vuelco y su pesar crudísimo se convirtió en ira incontenible. Gritó, mintiendo, pero convencido de que decía la verdad:

—Lo vi todo, todo, todo.

Y la repetición de esa palabra tan llena de significado, aumentó la firmeza de aquella convicción que tanto dolor le ocasionaba.

Diana de Luis se dobló como un tallo débil al empuje del viento. Fué tan profundo el dolor que experimentó que creyó que su corazón se hacía pedazos, a semejanza de una flor marchita que se deshoja. Agobiada por el peso de la irreparable acusación, hundió el rostro entre las manos perfectas, que recibieron el divino baño de sus lágrimas. Sintió, sin embargo, en medio de su pena infinita un horroroso descanso: la certidumbre de que él conocía su falta irreparable. Desaparecida la duda, no le quedaba sino el sufrimiento inaudito de su remordimiento y de su felicidad perdida.

El ruido de la alegría infantil se escuchaba de cuando en cuando.

Sancho de Luis miraba a su esposa sin saber qué hacer. ¿Matarla? ¿Despreciarla? Del fondo mismo de su sér, surgía un anhelo vago de que ella negara, de que le demostrara que estaba equivocado, que aquellas alusiones periodísticas no eran más que calumnias lanzadas por la envidia y por los odios políticos. Quería que ella le probara su inocencia y volviera a él, pura y amante como siempre. Animado por este deseo y por la inquietud de que no fuera satisfecho, que a la par sentía, murmuró en tono de queja:

—Yo era un hombre feliz. Nada me importaban los ataques de mis innumerables adversarios. No me arredraba la lucha, porque sa-

...ía que sus ardores y sus crueldades serían olvidados ante la virtud reconfortante de tu amor de mujer buena. Tu cariño me amparaba como una ala materna. Eras para mí, esposa y hermana. Mis heridas encontraban en tus brazos el mejor remedio y el consuelo de tu voz infundíame valor para emprender nuevos combates. Cuando mi cabeza reposaba en tu regazo me consideraba el mortal mas dichoso, porque me hallaba a la sombra benéfica de una diosa protectora. Eras refugio y manantial de energía, fuerza y amparo, remedio y esperanza.

Calló, aguardando que ella hablara, justificándose. Luego añadió:

—Jamás supuse que llegaría un instante en que tu conducta me fuera sospechosa. Esto es lo que hace más profunda mi pena. Todo lo habría sacrificado con gusto, ambición, gloria, honores; para que no llegara este momento.

Hubo una pausa.

—Es sencillamente espantoso. De golpe todo viene al suelo al soplo maldito de la fatalidad: mi prestigio, mis aspiraciones y mi dicha. ¿No pensaste nunca en esto? ¿No imaginaste alguna vez que se produjera este derrumbe? ¿No supusiste que un paso en falso podía derribarme y que entonces, cuando no me restara nada más que tú, serías el dulce refugio de mi corazón caído? Esto es, por desgracia, lo peor de mi derrota. El destino te ha elegido para brazo ejecutor de mi sentencia. Todo lo he perdido, al perderte a tí.

Volvió a callar y esperó. Ella seguía sollozando. Afuera reían los niños. Sancho de Luis puso sus ojos apenados sobre la mujer doliente y estuvo tentado de acariciar su cabellera, aquella soberbia cabellera oscura que tantas veces había besado emocionado, pero se contuvo. Una inexplicable lástima le invadió, lástima por él y por ella, que en adelante serían dos desgraciados más sobre la tierra, vagando por el mundo como dos abandonados en un desierto inmisericorde, acompañados solamente por la inmensa desolación de sus almas. Y poniendo esa lástima en su acento, expresó con un suspiro:

—En los últimos dos días he sufrido horriblemente. Hubiera querido poder llorar.

El orgullo le obligó a callar de nuevo. La mujer sollozaba, inconsolable. Aquella actitud le impacientó y dijo a gritos:

—Habla! ¿No tienes nada que decirme?

Diana de Luis, mientras su esposa decía todo el dolor que le causaba la situación, había experimentado muchas sensaciones diferentes. Vergüenza, arrepentimiento, remordimiento, compasión y también un poco de desdén por el hombre que se lamentaba. Pero por encima de aquellos sentimientos levantóse uno que un instante los dominó a todos: una profundísima piedad por aquel sér antes fuerte y victorioso y clasificado de extraordinario, a quien hasta hacía apenas unos meses ella admiraba sobre todas las cosas. Oprimida y derribada ella también por el ciego destino, comprendía que no le quedaba otro recurso que las lágrimas. El grito de impaciencia del esposo produjo en ella un efecto inexpresable. Sintió el ansia terrible de eliminarse e hizo una invocación para que se cumpliera su deseo. Habría querido esfumarse como una sombra. Y aumentó la violencia de sus amargos sollozos.

—¿Crees — siguió diciendo el hombre — que una felicidad puede concluir así, deshecha en llanto? Habla! Pruébame que todo es mentira!

Ella quiso intentar una defensa y se dispuso a hablar, pero no pudo. Había, en realidad, expresado demasiado con su actitud para pretender inventar una mentira aceptable. Temía, además, que la impaciencia de su marido se transformara en furia homicida. Ella quería morir, mas no por su mano. Presa de piedad y de miedo, murmuró con voz tenue:

—Perdóname!

La palabra, que implicaba una confesión, tuvo, en el alma de Sancho de Luis una repercusión desastrosa. Su lástima, su pena, sus esperanzas desaparecieron de repente. El convencimiento de su deshonra, sobrevenido después de su fracaso parlamentario, llevó su indignación al paroxismo. Fué una ira insuperable que le arrebató la con-

ciencia de sí propio. Se lanzó sobre la mujer, la tomó por el pelo y al ver su mirada de terror, en vez de contenerse se enfureció más.

—Amañ la vida para disfrutarla con él, — rugió.

Sus manos ansiosas, como si temieran que alguien le quitase su víctima, buscaron el fino y hermoso cuello de Diana de Luis y a él se aferraron desesperadamente. Ella le agarró los brazos, buscando desasirse de la fatal tenaza. A él, por un raro fenómeno, le parecía que no tenía vigor suficiente para cumplir el tremendo fallo que su furia le dictara, y apretaba con esa fuerza nerviosa que caracteriza a los dementes. El contacto de la piel suave y sedosa de la culpable le producía una especie de diabólica voluptuosidad, algo como el placer de matar.

La mujer realizó un esfuerzo violento para desprenderse de la garra homicida y cayó al suelo, librándose.

—¡Socorro! — gritó.

El se arrodilló al lado de Diana de Luis, le colocó brutalmente una mano en la boca y con la otra volvió a apretar la garganta divina. Lívida, desfigurada, los ojos inmensamente abiertos y manando sangre de la preciosa boca destrozada por la mano despiadada del marido, la mujer incomparable se defendió todavía algunos segundos. Al fin se abandonó impotente. El seguía apretando.

—Mamá! Mamá! — clamó detrás del hombre enfurecido la voz angustiosa de su hijo menor, un niño de tres años, que había entrado sin ser visto hacía largo rato.

Sancho de Luis tornó en sí. Sus manos se aflojaron. Se levantó lentamente, mirando con pupilas asombradas el rostro amoratado y ensangrentado de su esposa. Dió dos pasos y se echó en una silla cercana, abatido, extenuado, definitivamente vencido.

La mujer, moviendo penosamente la cabeza, miró con gratitud indescriptible el hijo más que nunca idolatrado.

XI

El mismo día en que Sancho de Luis partió, acompañado de su esposa enferma, para Tucumán a dedicarse para siempre a los trabajos de su establecimiento azucarero, Jüvenal Reyser fué nombrado ministro. No tenía entonces más que dos enemigos temibles: Anthony Silverfield y Carlos del Pozo.

Pedro Rodríguez



LOCION HIGIENICA
DE
EUCALIPTUS

DE
RUIZ Y ROCA

QUITA TOTALMENTE LA CASPA
EVITA LA CAIDA del CABELLO

Pidase en las buenas Farmacias,
Tiendas, Peluquerías y Perfumerías.